

Capítulo 1 - El Miedo

“Nos envejece más la cobardía que el tiempo.

*Los años sólo arrugan la piel, pero el miedo
arruga el alma”.*

Facundo Cabral

El primer escalón en esta colección de historias, historias con las que todos podemos sentirnos identificados de alguna manera, no podía ser otro que el miedo que, como la mayoría de las cosas, no es absolutamente malo.

En verdad, el miedo muchas veces nos previene, nos alerta sobre determinados peligros. El problema es cuando dejamos que nuestra mente permita al miedo ser el amo y señor de nuestra vida y vea peligro en todo. Una cosa es el miedo que sentimos al acercarnos a un precipicio, otro muy distinto es cuando ese precipicio es interno. Cuando la idea de emprender algo nuevo en nuestras vidas nos da vértigo y nos detiene.

Este miedo nos es más que la encarnación de la pregunta más peligrosa para el alma humana:

¿podré? Sólo leerla nos lleva a un sentimiento de derrota anticipada. Ponemos candado a una puerta que aún no hemos abierto. Este miedo nos hace girar e ir en la dirección contraria a la que nuestro deseo más profundo nos había hecho seguir.

Tropiezos, derrotas previas, mandatos familiares, todo conspira para que sigamos quietos. A veces se lo denomina la “zona de confort”, pero de ninguna manera creo que en este caso pueda llamársele así. No hay nada confortable en sentirse derrotado de antemano, en sucumbir al miedo y por ello no hacer lo que nuestro deseo pedía. No, no hay placer en eso. No puede haberlo porque no es natural estar quieto. La fórmula de la existencia es el movimiento. Lo que se queda quieto necesariamente declina. Un declinar paulatino, un suave sopor que nos hunde en el vacío sin que nos demos cuenta hasta que partimos o hasta que decidimos mirarnos en el espejo más claro que existe, el interno.

Algo en nuestro interior, más bien nuestro interior, se escurre por la coraza que hemos forjado en la vida y escapa brevemente en forma de deseo, otra vez, ese deseo de acercarse a lo que alguna vez nos gustó, a eso que nos hubiera gustado aprender. Y el mundo, lo que nosotros dejamos entrar del mundo, nos conmina a retroceder. "¿Para qué, a esta edad?", como si el alma supiera de tiempos, como si todo tuviera que tener siempre una finalidad "práctica", como si el placer en sí mismo, la realización personal en sí misma no fuera lo más práctico e inteligente del mundo. Pero estamos acostumbrados a las voces de afuera. Nos dicen cómo pensar, como vestir, qué comer y hasta qué sentir según la posición en la que nos encontremos en el almanaque de nuestra vida.

Pareciera ser una ley el que nadie puede ver por encima del nivel de su conciencia. Es difícil observar esto en uno mismo, pero se hace claro al prestar atención a los demás.

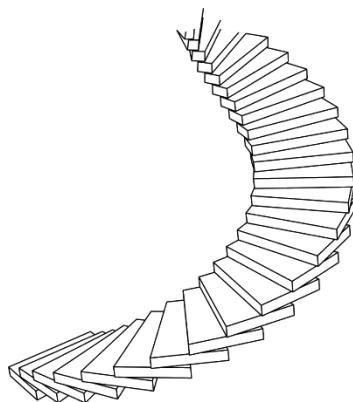
Permanentemente escuchamos a la gente hablar y opinar de temas de los que sólo han "oído

rumores” o simplemente replicar lo que otros dijeron. Y entonces opinan sobre lo que otros deberían hacer, no sólo olvidando que cada uno es cada uno, sino que lo hacen sin siquiera ellos mismos haberlo experimentado.

Tristemente, personas que queremos y creemos que nos tienen afecto son las que muchas veces conspiran contra nuestro deseo y dan la razón a nuestro miedo, simplemente porque nuestro ímpetu de nuevos horizontes los hace ver su propia quietud, su propio conformismo y miedo. Pero sucumbir a esto es de nuestra exclusiva responsabilidad. ¿Cómo podríamos culparlos? Ya hemos establecido que nadie ve más allá de su propia altura. Está en nosotros el agacharnos para igualar esa altura o seguir nuestro deseo peleando contra nuestro propio miedo; ¡como si con eso ya no tuviéramos suficiente!

Acallamos a nuestro niño interno, ese que está ahí, repleto de sueños aún por concretar. Pero a veces grita tan fuerte que decidimos usar al espejo y la sinceridad como aliados. No

permitimos observar de cerca a ese dolor que llevamos hace años y decidimos, por fin, enfrentar al miedo. Quitar el candado a la puerta y nos disponemos a abrirla. Y nos encontramos con una escalera ascendente que no es recta, sino en espiral, bastante alta y de pendiente muy pequeña.



Y llega el momento de las pruebas a nuestro deseo. Y entonces vuelven los cuestionamientos, propios y ajenos, de si realmente estamos haciendo bien. Los nuestros porque ese es nuestro programa interno subconsciente, el que llevamos hace años sin revisar. Los ajenos porque un aumento repentino de nuestra luminosidad les resulta molesta en la oscuridad.

Los escalones se presentan resbalosos en el ascenso.

Y la manera de no resbalararse, de no caer al principio, es asirse a la idea de que nuestra situación actual, las que nos impulsó a ascender está por debajo de lo que queremos lograr. Queremos estar en armonía con lo que queremos obtener, eso que está más arriba. Y para ello necesitamos herramientas. Y estas dificultades no son un problema sino la fricción necesaria para lograr las herramientas que aún no poseemos para subir la escalera.



Sin el problema, sin la dificultad, no puede adquirirse el conocimiento. Tuvimos que caernos muchas veces para aprender a caminar. Muchas comidas se nos han quemado para que

el plato nos quede sabroso. Y la clave para aprender siempre estuvo en la perseverancia. Porque la escalera es resbaladiza para que aprendamos a fijar los pies, a hacernos fuertes porque esa es la clave para seguir ascendiendo. Porque como dijera Milan Kundera en su maravilloso libro *La insopportable levedad del ser*: *“Aquel que quiere permanentemente llegar más alto tiene que contar con que algún día le invadirá el vértigo”*.

Recorrer los derroteros del miedo, recorrer el camino dejando atrás el miedo es una experiencia fascinante. Es algo a lo que nos hemos enfrentado desde que nos dejan en este misterioso y maravilloso mundo, sólo que lo hemos olvidado. Nos hemos olvidado.

Hay que celebrar las dificultades, hay que agradecerles. Hay que transformar en positiva la idea que tenemos de ellas. No son más que las herramientas que necesitamos, las que hemos pedido, aunque no lo recordemos. Las que darán la corona al esfuerzo y al nuevo Yo.

No quiero pasar al siguiente escalón sin mencionar un libro que me cambió para siempre: *Viaje a Ixtlán*, de Carlos Castaneda. Es fundamentalmente un relato del autor en su lucha contra el miedo que el nuevo conocimiento que deseaba obtener le provocaba. Frente a ello su maestro, Don Juan Matus, le espetaba:

“Cada vez que sientas, como siempre lo haces, que todo te está saliendo mal y que estás a punto de ser aniquilado, vuélvete hacia tu muerte y pregúntale si es cierto. Tu muerte te dirá que te equivocas; que nada importa en realidad más que su toque. Tu muerte te dirá: ‘Todavía no te he tocado’.”